



El Aromo

UNA PUBLICACIÓN DE VÍA SOCIALISTA

El Aromo
Una publicación de Vía Socialista
Nueva época. Año I, nº 2.
Junio 2022
ISSN 1851-1813

Confesiones de Invierno



Sumario

El pantano de la política argentina

Economía: Una fuente de energía barata y una salida laboral

Empleo en negro: Lo que Cristina no dice...

Historia: ¿Necesitamos otro IAPI?

Una solución real para los “indígenas”

Educación: Las “áreas” y otro paso hacia la ignorancia

Las máquinas piensan (y sienten)



Fabian Harari

Vía Socialista

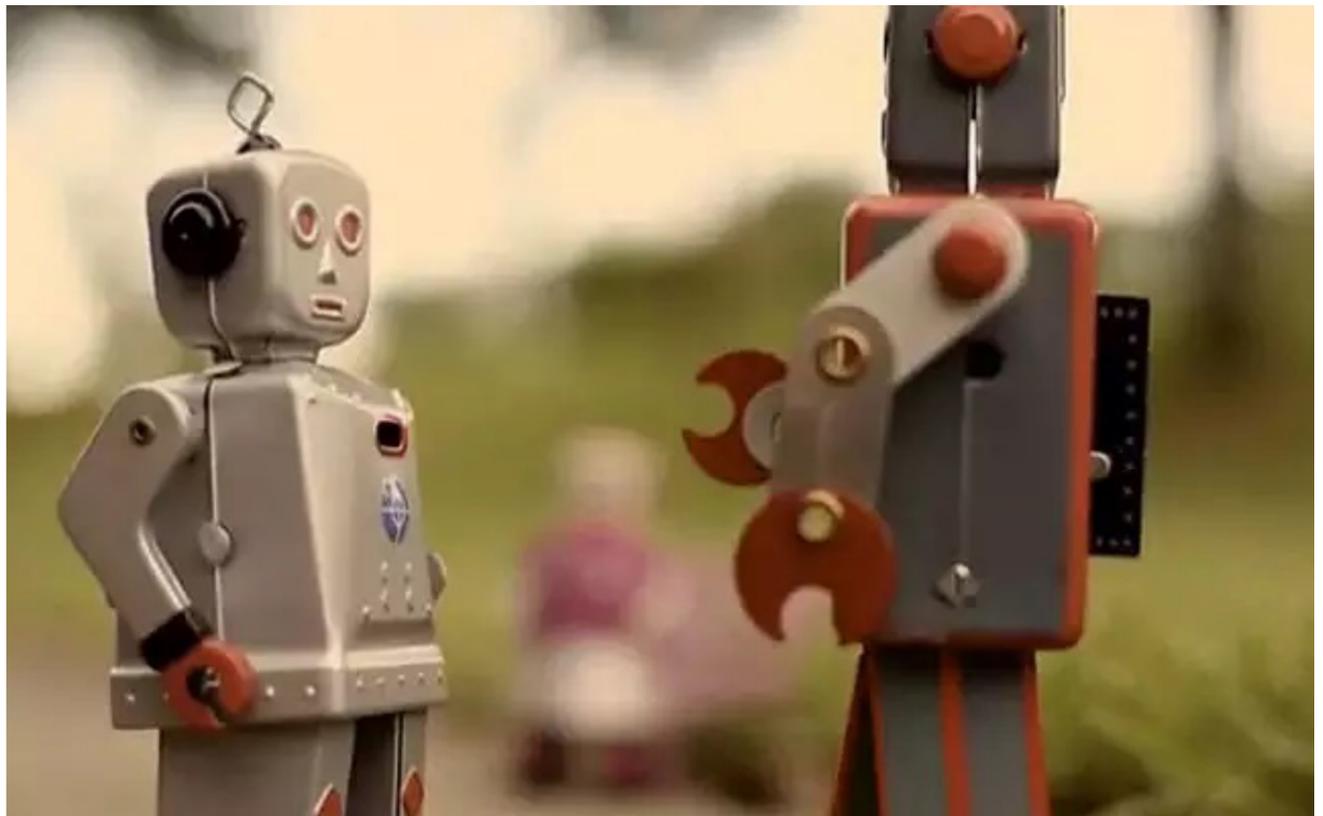
Metidos en los vaivenes del escenario doméstico, perdemos de vista un fenómeno regional que puede darnos una clave importante. Se trata del triunfo de Gustavo Petro, en Colombia, que abrió, otra vez, el debate en los medios internacionales: ¿hay un nuevo mapa político en América Latina? Más exactamente: ¿hay un giro hacia la izquierda? El elenco “progresista” se completa con Gabriel Boric (Chile), Luis Arce (Bolivia) y Pedro Castillo (Perú). Un envión que pretende aprovechar Lula en Brasil.

Discutir, como se hace en los medios, la condición revolucionaria o siquiera de izquierda de estos personajes es quedarse en la superficie de las cosas. Por ejemplo, hay muy poco para discutir sobre el candidato de Pacto Histórico, que lleva partidos muy a la derecha y que piensa en ex funcionarios como Alejandro Gaviria o Rudolf Hommes para el ministerio de Economía; o en Catalina Botero, que pasaría de la gerencia de Facebook y del BID a Defensa. Pero así como sus discursos incendiarios no son síntoma de ningún movimiento transformador en marcha, las señales a los mercados y al statu-quo no significan que no esté pasando nada sustantivo. Si avanzamos hacia un nivel mayor de profundidad, vemos la caída de los partidos tradicionales, hecho que siempre expresa una crisis política. De alguna manera, parecen estar recorriendo el camino de la Argentina post 2001, que dio lugar a dos outsiders: Néstor y Mauricio.

Sin embargo, si fuese tan solo eso, el cimbronazo podría atravesarse creando nuevas estructuras. Es lo que se intentó aquí, con la reestructuración del peronismo y la aparición de Cambiemos/Juntos. En cambio, lo que vemos es que esas coaliciones, al llegar al poder, se desarman muy fácilmente: Castillo tiene un índice de desaprobación del 70% y puede enfrentar un juicio político, Arce y Evo están enfrentados a tal punto que el primero sospecha de un intento de golpe militar del segundo, Boric asumió hace poco y no muestra sino impotencia y continuidad. Eso, por no hablar de la división en el gobierno local y en la oposición, que presenciamos a diario. Un desbarraque que le permitió a un personaje como Milei tener sus minutos de gloria. Es decir, no se trata solo de una crisis de los partidos. Hay algo mucho más persistente, que acecha subterráneamente. Solo una crisis de enorme envergadura puede llevar, en Argentina, a un político sin movimiento ni estructura a la presidencia, y solo una crisis de ese tipo puede convertir a uno de los funcionarios más experimentados de los últimos 40 años en un verdadero inútil.

Para llegar a lo más importante, hay que mirar en las profundidades: detrás de esos líderes y detrás del fracaso de los partidos, está el descontento generalizado de la clase obrera con todo el personal político burgués. Más que un descontento, es una ruptura. Una ruptura de clase. Una que se manifiesta en la persistente apatía electoral o en el voto a personajes marginales (a izquierda y derecha). Una manifestación electoral que, en general, fue precedida por enormes movilizaciones en los últimos años (recordemos Chile, Perú y Colombia).

La ruptura se complementa con la impotencia del otro lado. La burguesía no puede conformar una dirección. Lo vemos



aquí. No hay ningún dirigente, ni ningún candidato que logre acaudillar a su clase. No puede conformar una dirección de su clase porque no puede conformar una dirección estable de las sociedades que les toca dirigir. Y no pueden hacerlo porque no tienen un programa que se sostenga al menos a mediano plazo, salvo que medie un milagro (otra pampa húmeda) o la violencia y expulsión más extrema (Venezuela). Ahí está el principal problema. El discurso de Cristina muestra lo patético de todo esto. A la hora de proponer, exige una devaluación brutal (¿de qué otra forma va a terminar con el “festival de importaciones”?) y un Estado dedicado a subsidia a las empresas ineficientes, usando como ejemplo el rescate de la Reserva Federal a las empresas norteamericanas en 2008 (para el caso, véase el artículo de Nicolás Villanova). Lo dijo en el mismo día que se conmemoraba a un revolucionario diez años antes de 1810 comenzó a presentar un plan para gobernar esa región llamada Río de la Plata, y cuyo proyecto construyó una sociedad nueva que mostró signos vitales y de desarrollo durante 150 años.

Con todo, esta crisis de la que hablamos y esa ruptura tienen una particularidad única: su carácter definitivamente político. Por formación, o por deformación, nos acostumbramos ver en la lucha obrera primero lo sindical y, luego, con dificultad, la política. Una clase que lucha, resiste, contra los embates al salario, a las condiciones laborales o de vida y pelea por planes, pero a la hora de la conducción general, vota a sus enemigos. En ese esquema, el avance se da en forma evolutiva. En cambio, lo que hay aquí es un proceso inverso: la clase descuida sus posiciones económicas, no construye grandes organizaciones sindicales o territoriales independientes, pero discute la conducción general. Esto no se opone al economismo individual, sino que lo sucede: te voto por un bolsón, porque son todos iguales y no confío en nada de lo que me dicen. O sea, son mis enemigos.

La clase no presenta una propuesta propia, está claro, pero se niega, recurrentemente, aceptar las que se le ofrecen. Es decir, en forma de negación, la clase obrera está tratando de discutir más cómo organizar un país que el monto de su salario (lo que no quiere decir que no le importe). Por eso, hay más Petros, Borics, Castillos y menos Tosco, Salamanca o el Bloque Piquetero Nacional. No es la lógica a la que las escrituras nos acostumbraron, y este escenario confunde a más de uno, pero es lo que está pasando y, a menos que tomemos nota, vamos a seguir deambulando sin rumbo. Como dice el personaje de un gran escritor inglés: “Más cosas hay entre el cielo y la tierra que las que sueña tu filosofía”.

Por eso, no parece que el proyecto de Cristina de estatizar los planes, que significa disciplinar a todos los movimientos territoriales, vaya a resolver nada. Si bien continúa la tradición del fundador del movimiento y la de su marido de quitar y absorber la energía social en el Estado, no parece una medida eficiente. El problema no son los Beliboni ni los Pérsico, sino los Milei, es decir, el espacio estrictamente político que está vacío y que no pueden llenar.

¿Cómo una clase que ha visto degradadas todas sus condiciones, que perdió a sus sindicatos, que no pudo formar partidos de envergadura puede pensar y discutir políticamente? Parece un sinsentido si uno lo piensa como una planilla de Excel. Pero todas las planificaciones sobre cuántos punteros hacen falta, dónde reprimir, dónde poner “platita” y qué candidato poner no resuelven el problema, porque esa ruptura no es ocasional. La gente no es simplemente un número: piensa y siente. No siempre lo mismo y no siempre de acuerdo a sus intereses Pero estamos hablando de seres humanos. Y de un tiempo para acá tienen un descontento identificado y una idea muy clara de lo que no quieren. Esas ideas y esos sentimientos no pueden clausurarse tan fácilmente. Ahora bien, para que ese No sea un Sí, hay que trabajar. Hay que presentar un plan diferente y serio. En eso está Vía Socialista y en este número se pueden ver algunos anticipos.

La enorme capacidad de esa clase sometida, de eso que es considerado una cosa, de convertirse en dirigente está plasmado (como sueño o pesadilla) en las producciones de Hollywood, que relataban las revoluciones más sorprendentes de los agentes más inesperados. En los '70, eran los monos, que por alguna razón adquirían raciocinio y dominaban el mundo. A mí, de niño, me tocó Terminator en los '80, plena época de apogeo liberal. Allí, la rebelión era más impensada todavía: las máquinas, las que construimos y programamos para que nos sirvan, se rebelaban y gobernaban la tierra. Es que, en el fondo, es así: somos el futuro. Hay que ir a tomarlo.

Sumá tu apoyo

Vía Socialista es un partido con una propuesta concreta de gobierno para llevar adelante y que es resultado de muchos años de trabajo. Se llama Argentina 2050. Con este programa aspiramos a un país que vuelva a crecer y alcance una productividad coreana y un nivel de vida sueco.

No buscamos una candidatura testimonial de oposición ni queremos apenas instalar un legislador o una figurita pública. Por el contrario, consideramos que podemos gobernar y llevar adelante un programa socialista que desarrolle el país. Así, planteamos que el socialismo es posible, ahora.

Para llevar esta propuesta a las próximas elecciones, necesitamos conseguir la legalidad como partido. Para eso necesitamos, sobre todo, afiliaciones. Podés hacerlo directamente online en el siguiente link:

<https://viasocialista.com.ar/afiliacion/>

Podés descargar gratuitamente nuestro programa Argentina 2050: <https://viasocialista.com.ar/category/argentina-2050/?fbclid=IwAR2FelKZ0uV0Db34x8uSk-MO4SsTL9oUkUNmrjXSAWDzTKXTneIoOeK8UQIc>

El Aromo

Nueva Época. Año I, n° 2. Junio 2022.
Buenos Aires. ISSN: 1851-1813.

Editor Responsable: Fabián Harari.

Diseño de interior: Luciano Martin.

Diseño de Imagen: Leandro Albin, Federico Cantarelli.

Equipo Editorial: Eduardo Sartelli, Marina Kabat, Romina De Luca, Rosana López Rodríguez, Ianina Harari, Nicolás Villanova, Mariana Fennema, María del Rosario Toro Tesini, Ezequiel Flores, Guido Lissandrello, Gonzalo Sanz Cerbino, Hernán Calisaya, Dolores Martínez González, Damián Bil, Roberto Muñoz, Nicolás Grimaldi, Martín Pezzarini.

Redacción: Salcedo 2654, CABA, CP: 1259.

Contacto: argentinasocialista2050@gmail.com

Es un sistema

¿Por qué la Argentina dilapida su futuro cada día?



Eduardo Sartelli

Vía Socialista

En la última columna de *Odisea Argentina*, Carlos Pagni desarrolló, con su habitual claridad y riqueza de contenidos fácticos, una idea sobre la cual vale la pena profundizar el análisis. Pagni quiere advertir, luego de pasar lista a los desaciertos en torno al escandaloso tema del gasoducto, tanto en el campo oficialista como en el de la oposición, que estamos en manos de gente improvisada, con mala memoria y con un estatus ético un tanto extraño, por decirlo suavemente. Poco después, José Luis Espert cargó contra Techint, considerándola una “mancha” en un cuerpo, el de los empresarios argentinos, por lo general abnegado y dispuesto al sacrificio. Habida cuenta de la cantidad de empresas involucradas en espectáculos de este tipo, baste recordar la causa de los “cuadernos”, ese cuerpo tiene más manchas que un leopardo...

En efecto, como todos los liberales, Espert solo puede explicar las vicisitudes de la economía argentina como consecuencia de la inconducta moral. Que se trate de toda una “casta”, como dice su colega Milei, apuntando más a (algunos) políticos que a los empresarios que viven de esa fauna con la que los libertarios no tienen ningún pudor a la hora de armar lista, no cambia el asunto. Se trata de algo mucho más importante: se trata de un sistema. La Argentina está atrapada en un bucle que la lleva a repetir, permanentemente, la misma conducta frente a los mismos problemas, en una alternancia que es más ilusoria que real. O, lo que es lo mismo, que reproduce el sistema, a pesar de su aparente oposición.

La economía argentina está empantanada en un empate social autodestructivo. Habiendo alcanzado un desarrollo nada despreciable al impulso de un sector muy eficiente y, además, beneficiado por ventajas “naturales” (el sector agrario), nuestro país desplegó en su interior una sub-economía dependiente. Casi todas las actividades no agrarias carecen de la capacidad de competir a escala mundial. Luego, siguiendo la lógica de la economía de mercado, debieran desaparecer. Dado que eso que “debe desaparecer” no es otra cosa que la masa de vida a la que ese desarrollo dio lugar, difícilmente dicha masa lo acepte, así como así. El problema se agrava porque esos “que deben desaparecer” son la mayoría de la población. Alcanza, para darse cuenta, con revisar las cifras de los dependientes del PBI no agrario. En Argentina, el que tiene la llave de la economía argentina, el campo, no tiene la fuerza social necesaria para imponer sus intereses. Si fuera de otra manera, no existirían las retenciones.

Las fuerzas sociales que defienden las retenciones (el nombre actual de lo que en su momento se llamó de otra manera, desde el IAPI a todos los mecanismos para trasladar ingresos de un sector a otro) son económicamente inoperantes pero muy poderosas políticamente. Es una verdadera alianza mayoritaria que deja afuera, casi con exclusividad, al “campo”. Incluye a todas las empresas mercado internistas (nacionales o extranjeras) y a las fracciones sociales que dependen de ella. Subsidiariamente, depende de las retenciones también el Estado nacional y, a través de la co-participación, los provinciales. La clase política (de la que forman parte los libertarios, por supuesto), también. Esa es la razón por la cual ninguna alianza política que pretenda ser mayoritaria, puede eliminar las retenciones, no importa el discurso que enarbole.

Unificadas por esta circunstancia, las fracciones burguesas que dependen de las retenciones se dividen según tamaño y coyuntura, en dos grandes alianzas electorales, una de carácter “populista” y otra, “liberal”. Por lo general, suelen formar parte de la primera, las fracciones más débiles del capital local y las fracciones obreras más dependientes del Estado. Defienden su posición a través de un discurso aparentemente nacionalista y una práctica “intervencionista” en economía. Suele tomar al peronismo como “identidad” y tendía, hasta la llegada de Alfonsín, a ser imbatible. Desde Alfonsín a la fecha (y cada vez con más frecuencia), se alterna en el gobierno con la otra alianza, compuesta por fracciones de la burguesía más poderosa en todos los terrenos de la vida económica, y las capas de la llamada “clase media” asalariada

y los obreros en blanco de la economía privada. El dibujo geográfico que describe bien a ambas, es la camiseta de Boca que se formó con el triunfo de Macri: arriba y abajo, azul, amarillo en el centro. Ambas alianzas coinciden en defender las retenciones, porque de ellas viven, lo sepan o no.

La secuencia de ambas alianzas describe la evolución de la coyuntura económica de un país que no crece. Mientras la economía agraria impulsa la acumulación con precios en alza o se reemplaza la renta agraria con endeudamiento, todas las fracciones reciben lo que necesitan y se instaura una hegemonía de mediano plazo (Menem, Néstor/Cristina). Una hegemonía ficticia, porque no está asentada en un crecimiento de la productividad del trabajo nacional, sino en un ingreso ocasional de recursos excepcionales. La etapa de expansión choca con el agotamiento del combustible que sostuvo un nivel de ingresos superior al que realmente puede sostener el país, fenómeno que asume la forma de sobrevaluación del peso. La inflación acompaña el proceso y determina su explosión. En el medio, los afectados por un peso sobrevaluado, por la inflación creciente, por las tendencias a la recesión, comienzan a abandonar la alianza mayoritaria y sumarse a la otra, que crece prometiendo liquidar las consecuencias de un ciclo económico asentado sobre la arena. Sin embargo, cuando llega al gobierno, no puede sino evitar el “ajuste” so pena de ser derrotado en las urnas (Macri), cuando no, directamente en la calle (De la Rúa). Las fracciones que pedían estabilidad, ahora piden devaluación; las que demandaban subsidios, ahora piden austeridad. La labilidad de las pertenencias políticas, la facilidad con la que políticos y partidos pasan de posiciones “populistas” a “liberales”, demuestra lo poco que realmente los separa. Todos habitan un centro del que aborrecen, pero del que nadie saca los pies.

En medio de la debacle, surgen, a ambos lados, posiciones extremas (Del Caño/Cristina-Macri/Milei) que apuestan a tensar la cuerda y vacían la “ancha avenida del medio”. Pero a la hora de la verdad, los que cosechan son otros. Por mucho que Cristina hable, su gobierno se caracterizó por el aumento de la imposición generalizada a los obreros; por mucho que Macri hable, nunca ajustó seriamente el plantel estatal.

¿Por qué Cristina no estatiza todo? ¿Por qué Macri no ajusta hasta el final? Es decir, ¿por qué ninguno de los dos (o sus equivalentes históricos y futuros) rompe el equilibrio? Porque son caras de la misma moneda, inseparables e imprescindibles el uno para el otro. Las políticas del ajuste tienen un enorme costo social; luego, para que no explote todo por los aires, se necesita una etapa de “redistribución”, aunque sea más simbólica que real. La mano derecha necesita de la izquierda. Injustamente, Cristina, que como ella misma ha declarado, es capitalista y vacaciona en Disney, cuestiona a Macri, que lo único que hace es ordenar la economía que el populismo desordena. Injustamente, Macri, que como él mismo no se cansa de reconocer, quiere “paz social”, cuestiona a Cristina,

que ordena la política que el liberalismo desordena. Injustamente, sus bases sociales, cuestionan a ambos, que no hacen otra cosa que tratar de cumplir con programas imposibles. Son las fracciones burguesas que ayer votaban contra el ajuste, las que hoy se quejan de la inflación y las tarifas. Son las fracciones burguesas que demandan un “capitalismo en serio” las que no perdonan su aparición pública en la causa de los cuadernos.

Esta situación dilemática simplemente expresa el agotamiento de una clase, la que dirige el país, de la cual, la “casta” política no es más que su expresión. La burguesía que opera en la Argentina es incapaz de desarrollar la economía nacional, una porque no le da el pinet (no se puede construir un país de cincuenta millones de habitantes con soja y vacas) y la otra porque vive de la primera. Si el “populismo” es la válvula de seguridad, el liberalismo es sangre, sudor y lágrimas para nada. Porque el problema no es más o menos salario, o más o menos empleados públicos. El problema es la productividad. Y productividad quiere decir tecnología. Y tecnología se conjuga con inversión. La acumulación de capital en Argentina está tan lejos del promedio mundial, la Argentina es tan chica (salvo Techint y alguna más, todas las empresas argentinas son “pymes” en el mercado mundial), que no hay inversión rentable a corto plazo que pueda salvar la brecha. Lo único que queda es la aparición de inversiones extranjeras para grandes proyectos atados a alguna ventaja “natural”, es decir, una nueva pampa húmeda. Por ejemplo, resultaría extraño que los procesos geológicos que crearon la Cordillera de los Andes, hayan amontonado voluntariamente todo el cobre de un solo lado. No se conoce que, ni el Estado, ni ninguna empresa o cámara sectorial haya ordenado una prospección detenida, detallada, minuciosa de las laderas que dan al Atlántico, a pesar de que con obtener algo así como la mitad de lo que produce Chile, tendríamos allí otra pampa. El escándalo del gasoducto revela algo más: que incluso cuando una nueva fuente de renta a gran escala puede venir, aunque sea a emparchar por un buen rato la economía argentina, la clase que nos gobierna y sus políticos no son capaces de resolver algo tan sencillo como ponerle la pajita a la gaseosa. Y, contra un gasto de dos o tres mil millones de dólares para décadas de usufructo, perder tres o cuatro veces esa cifra en importaciones de gas y petróleo en un solo año. Ni hablar de los que se pierden por las exportaciones que no salen, simplemente porque falta un “caño”. Inútiles es lo mínimo que se les puede decir.

Incapaz de competir a escala mundial, la clase parásita que nos gobierna no vive de darle más vida al cuerpo que parasita, sino de lo contrario. Por eso, cada licitación, es decir, cada negocio fácil, es objeto de disputas infinitas que dan como resultado que nada se hace, nada cambia, todo tiene sobrepagos, todo es un negociado. Se trata de un sistema: una estructura cancerosa. Solo una Vía Socialista puede salvar al país de una descomposición interminable.



Cristina tiene razón (pero es su culpa)



Nicolás Villanova

Vía Socialista

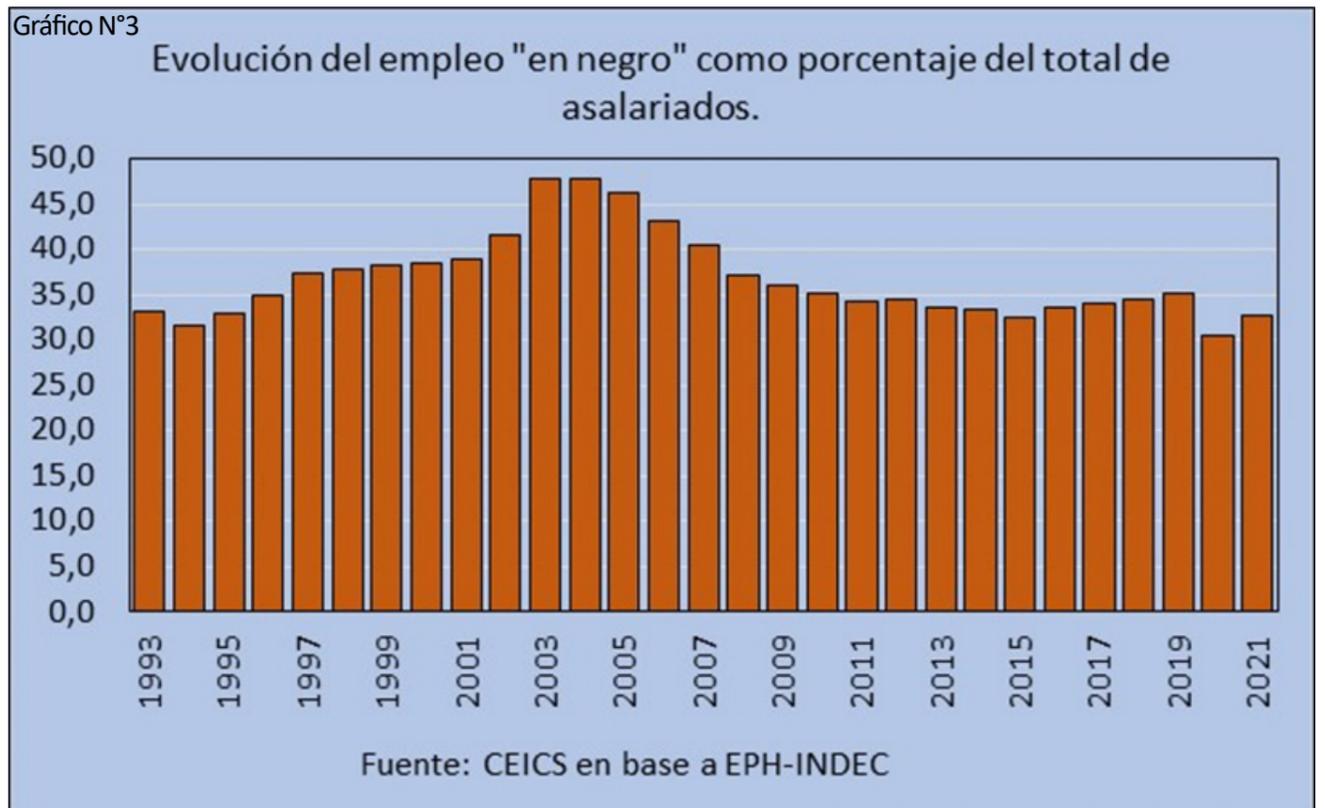
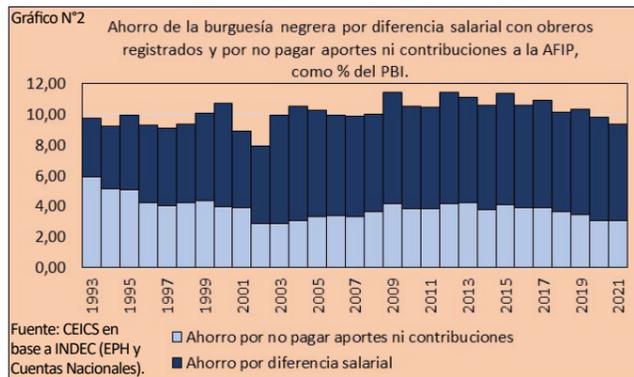
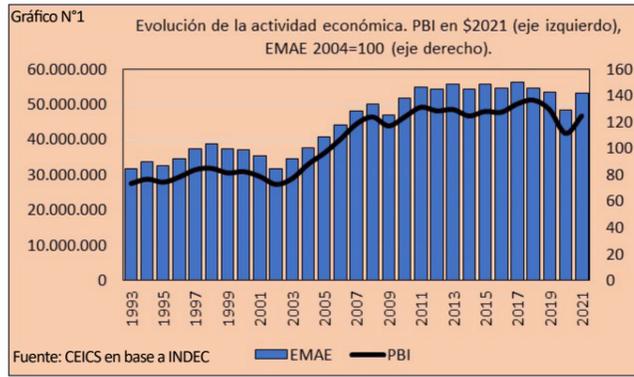
Toda la burguesía argentina se queja de que la crisis económica se debe a la elevada "presión tributaria", eufemismo utilizado para indicar lo que para los empresarios capitalistas son fundamentalmente "cargas" sociales o "contribuciones patronales". Todo el arco político opositor (aunque también lo piensa el oficialismo) ha tomado cartas en el asunto y sostiene que la resolución del tema sólo se logra por la vía de una reforma laboral. Algo que en los hechos ya está en marcha, por lo tanto, sería profundizar aún más ese proceso. Sería, incluso, mucho más "doloroso" para la clase obrera. Se pretende rebajar, ahora, aquellas "cargas" o impuestos que tributa la burguesía y que va a parar a la caja de seguridad social, o directamente eliminarlas de un plumazo. También se busca eliminar las indemnizaciones y otros tantos. En síntesis: el problema de fondo serían esos impuestos que "asfixiarían" al empresariado y que impedirían el crecimiento de la economía argentina.

Dejando de lado que esas "cargas" sociales en realidad es una parte de la plusvalía que se extrae de la clase obrera, no es cierto que la economía no crece por la elevada presión fiscal. Prueba de ello es la elevada magnitud del empleo "en negro" y la gigantesca masa de plusvalía que se apropia el conjunto de la burguesía negrera por no pagar un solo peso en materia de aportes sociales y jubilatorios, tanto como por la brecha salarial existente entre obreros no registrados y los que están blanqueados. Es evidente que el problema de fondo está en otro lado.

El primer gráfico muestra la evolución de la economía argentina a partir de dos indicadores: el producto bruto interno (PBI) y el estimador mensual de actividad económica (EMAE). El segundo, la evolución de la masa de dinero que se ahorra el conjunto de los empresarios que contratan a obreros "en negro" por no pagarle los aportes sociales y jubilatorios, tanto como por la brecha salarial existente entre su salario y el de su par obrero blanqueado. ¿Qué indican estos gráficos? Que desde 2011 en adelante hay un profundo estancamiento de la actividad económica, con un descenso a partir de 2018. Es una década de nulo crecimiento.

Por otra parte, desde hace varios años que el promedio de lo que se ahorra el conjunto de la burguesía negrera por no registrar a sus obreros contratados y por pagarles un salario bastante más bajo que el promedio de la economía "en blanco" no baja del 10% del PBI. Del 2011 a esta parte, los puestos de trabajo asalariados "en negro" no bajan de los 4,6 millones. Sólo en 2020 se "redujeron" a 4,1 millones promedio, no por mejoras en la contratación, sino por ser despedidos de sus trabajos en plena cuarentena. Desde que asumió el gobierno el kirchnerismo en 2004 hasta el 2021, el promedio anual de ahorro de la burguesía negrera por no pagar aportes sociales fue del 3,7% de PBI, mientras que, el ahorro por pagar menos salarios que el promedio de la economía "en blanco" fue del 6,8% del PBI. Son millones de dólares por año que se apropian los capitalistas. Todo un síntoma de que la rebaja de los impuestos no es garantía de crecimiento económico.

En el acto de la CTA del 20 de junio de este año, Cristina señaló que la inflación es consecuencia de la evasión fiscal, y tiene razón. Si los empleadores en negro, se blanquearan, el Estado no tendría déficit. Pero se olvida de señalar que ella es la responsable, no solo de no eliminar el trabajo en negro, sino de expandirlo. En efecto, en el tercer gráfico se ve claramente que el empleo en negro aumenta sistemáticamente desde comienzos de los '90 hasta el 2004 y que, desde allí, si bien a una tendencia descendente, se mantiene por arriba del peor año menemista hasta el 2008, aproximadamente. Y aunque luego la caída continúa, es muy leve y se mantiene por arriba del promedio de la década menemista. Esto explica los dos cuadros que siguen: mientras la burguesía negrera ahorra menos por pago de cargas impositivas (aunque no mucho menos que en la segunda mitad del gobierno menemista y bastante menos que durante el gobierno de Macri), el ahorro sigue siendo muy sustantivo durante la década "ganada", al punto que recupera parte de lo perdido durante la crisis del 2001. Dicho de otro modo, Cristina avaló, mantuvo y, en relación a la crisis del 2001, expandió la generosidad impositiva para con la burguesía que caracterizó al menemismo. Pero donde la generosidad K para con la burguesía negrera se mostró en todo su esplendor, es en el ahorro que le permitió gracias a la expansión del trabajo en negro, superando a la década menemista e igualando a Macri. Cristina llora lágrimas de cocodrilo.



Gestión de residuos orgánicos para la producción de biogás y fertilizantes

Una propuesta para expandir la producción y el empleo y reducir la huella de carbono



Claudio Fernández Macor

Vía socialista

Ventajas de una fuente de energía a mano

La Argentina se encuentra frente a una crisis energética por partida doble. Por un lado, la falta creciente de energía, que se refleja por caso en la escasez de gasoil, pero sobre todo en la creciente necesidad de importar gas de Bolivia (que ya llega al 17% de lo consumido internamente) y gas licuado. A tal punto que el país, que tenía una balanza superavitaria hasta los primeros años de la década previa en el balance energético, registró entre 2013 y 2021 un saldo negativo de 4.000 millones de dólares al año en importación de crudo, gas y energía eléctrica para el devenir de la actividad cotidiana. La cuestión cobra ribetes más graves cuando la posibilidad de utilizar los recursos de Vaca Muerta, tanto para el mercado interno como para exportación, se ve bloqueada por la disputa entre gobiernos y empresarios por ver quién se queda con el negocio del ahora famoso gasoducto Néstor Kirchner.

En ese contexto, cobra renovado interés el debate sobre la matriz energética y la forma de resolver estas dificultades. Una futura Argentina socialista debería proyectar, en el mediano plazo, el desarrollo en el campo nuclear, donde tiene un recorrido propio de al menos setenta años. Pero en el corto plazo, existen alternativas que deben ser exploradas. Por ejemplo, la vinculada a la generación de gas a partir de residuos orgánicos.

En este punto, desarrollamos una propuesta a partir de la experiencia de un equipo técnico de la Universidad Nacional del Litoral, integrado por ingenieros químicos y ambientales y economistas que trabajan en la instalación de biodigestores en diferentes contextos (tambos, criaderos de cerdos, cadenas de supermercados). Actualmente, el equipo se encuentra trabajando en proyectos de recolección diferenciada de residuos orgánicos urbanos para su utilización en la generación de biogás en dos localidades pequeñas de la provincia de Santa Fe. En base a esa experiencia, desarrollamos una propuesta de "sistema de recolección diferenciada de orgánicos-producción de biogás y fertilizantes" aplicado a aglomerados urbanos de menos de 50.000 habitantes. Entendemos que esta rama productiva puede desarrollarse a muy corto plazo en una economía planificada y contribuir no solo a paliar la escasez de gas, sino también a producir fertilizante orgánico para uso agrícola y sobre todo a emplear productivamente a una buena cantidad de desocupados. Cabe destacar que estos proyectos tienen una alta rentabilidad y un impacto ambiental significativo. El primer punto se relaciona con que la generación de energía y fertilizante tienen un costo variable de "cero", dado que su principal insumo son los residuos generados por la población. En segundo lugar, tanto la inversión inicial como el costo de mantenimiento son relativamente bajos. Por último, tienen una extensa vida útil. En cuanto al impacto ambiental, el beneficio principal es la posibilidad de reemplazar energía fósil por energía renovable neutral en carbono.

En relación al empleo, por su baja composición orgánica (es decir, por utilizar básicamente mano de obra para su operación y poco capital en maquinarias y otros insumos), permitiría ocupar rápidamente en una actividad productiva a trabajadores hoy desempleados o bien a beneficiarios de planes sociales. El principal componente de la inversión es el biodigestor (su tipo y tamaño depende del volumen de residuos recibidos) que tiene una vida útil de 30 años. Luego, el sistema solo requiere emplear y organizar trabajadores con poca calificación para la recolección diferenciada y para alimentar y mantener el biodigestor, para gestionar el destino del biogás y para tratar, envasar, transportar y distribuir el digesto (fertilizante). En cuanto al trabajo calificado que pueden precisar estos emprendimientos, básicamente se trata

de técnicos para la elaboración del proyecto en territorio y la supervisión del funcionamiento.

Cabe señalar que en buena parte de las ciudades grandes de Europa se han implementado estos sistemas. Aunque tienen una diferencia con la propuesta actual: los proyectos del Viejo Continente, de gran escala, requieren una elevada composición del capital, vinculado al dispositivo para la biodigestión pero también a la infraestructura de almacenamiento y distribución del biogás. En Europa, los volúmenes crecientes de biogás generado desde los residuos orgánicos urbanos se utilizan en múltiples destinos, desde la generación de energía eléctrica (España) a una red de distribución (estaciones de servicio) para carga en vehículos a GNC (Alemania). Actualmente, del total de gas natural consumido por la UE para todo destino, el 24% es biogás y se estima llegar a un 30-40% para 2050.

En Argentina, la producción de biogás es insignificante, y las 4 plantas más grandes, que producen desde un relleno sanitario, son privadas, propiedad de Industrias Secco S.A. (en Ensenada, González Catán y Avellaneda (Santa Fe)).

Dada la baja complejidad técnica del sistema a pequeña escala, sería factible de implementación en el corto plazo en todos los aglomerados urbanos de hasta 50.000 habitantes. Como resultado rápido, la medida podría redundar en un incremento del trabajo productivo en blanco generador de riqueza (energía y fertilizantes), en un alivio al sector externo al reducir la necesidad de importar gas o por la vía del aumento del saldo exportable de hidrocarburos, y en una reducción de la huella de carbono y del uso de fertilizantes sintéticos de origen fósil.

¿Qué es un biodigestor?

El biodigestor es un dispositivo que produce gas metano (biogás) a partir de residuos orgánicos. El aparato permite la reutilización productiva de estos residuos comunitarios que, luego de un proceso de eliminación de sulfitos, puede utilizarse con las mismas finalidades que el gas natural de red (incluyendo generación de energía eléctrica) o el GNC utilizado por vehículos. La utilización de esta tecnología permite reducir el costo del combustible que reemplaza y, al mismo tiempo, tiene un significativo impacto medioambiental ya que sustituye combustibles fósiles por un combustible carbono neutral; es decir, contribuye a la reducción en la huella de carbono. Además, como subproducto, se genera material fertilizante orgánico rico en nutrientes que tiene valor de mercado y puede reemplazar parte de los fertilizantes sintéticos.

El proceso comienza con la recolección diferenciada de desperdicios. La mayoría de las pequeñas localidades argentinas no tiene un sistema de recolección y tratamiento de los residuos urbanos acorde, sino que se los dispone en algún espacio periurbano e incluso se los incinera para reducir su volumen y continuar con la disposición en el lugar. Esta forma generalizada de disponer y tratar los residuos contradice todas las recomendaciones especializadas que señalan los daños ambientales y en la salud de las personas que provoca la liberación de gases altamente tóxicos procedentes de la quema de residuos urbanos.

Los resultados esperados

La producción de biogás atiende esta dificultad de diversas formas. Veamos entonces, a modo de proyección, los efectos económicos y medioambientales de este mecanismo si pudiéramos aplicarlo a todos los núcleos urbanos del país en el rango de los 2.000-50.000 habitantes. En base al censo 2010 (sin disponer aún de los datos en detalle del 2022), en estas poblaciones habitan poco más de 6,5 millones de personas. Si le adicionamos el crecimiento demográfico que arrojan los datos preliminares del censo de 2022, alrededor de un 18%, podemos estimar la población de referencia en 7,67 millones de personas. Cálculos de especialistas estiman que cada persona genera término medio 0,45 kg de residuos orgánicos diarios (52% residuos de cocina y 48% residuos de

jardín como hojas, pasto y otros).

Por lo tanto, el volumen potencial de residuos orgánicos que corresponde al universo de referencia es de 3,45 millones de kg diarios, 24,15 millones de kg a la semana, y 1.259 millones de kg al año.

El volumen de biogás que puede generarse a partir de estos residuos depende del tipo y estado de los residuos orgánicos, y sobre todo de la precisión con que se haga la separación en origen. La estimación en base a otros biodigestores que han instalado investigadores de la UNL es que 10.000 kg de residuo orgánico estándar generan 1.000 m³ de biogás (con una composición de 60% gas metano). Es decir, una ciudad con 20.000 habitantes en el radio urbano produciría 328.500 m³/año de biogás (900 m³/día). Si extrapolamos el caso a nuestra población de referencia, 1.259.000 toneladas de residuos orgánicos urbanos al año tienen la potencialidad para producir 125.900.000 m³/año de biogás (344.931 m³/día). Luego de un proceso de purificación, el contenido de metano que compone el biogás aumenta hasta 95%, y puede ser utilizado como gas de red o GNC para vehículos.

Continuando con la ponderación, 1 m³ de biogás (con una composición de 95% metano) equivale a 0,95 m³ de gas natural de red. Por lo tanto, 125.900.000 m³/año de biogás equivalen a 119.605.000 m³/año de gas natural que pueden inyectarse a la red.

En el mercado internacional, tanto el gas natural como el licuado se miden por su contenido calórico. En particular se usa el BTU, que es una unidad térmica británica que refiere a la cantidad de calor necesaria para aumentar en 1 grado Fahrenheit la temperatura de una libra de agua en su máxima densidad (aproximadamente 39° F). Un millón de BTU (MMBTU) equivalen a 27,8 m³ de gas natural. Por lo tanto, la producción potencial de biogás (95% metano) de nuestro universo de referencia alcanza 4.302.338 MMBTU. Para valorar la producción de gas tomaremos como referencia de precio internacional, el precio al que Argentina importa gas de Bolivia. Según lo establecido en el contrato de suministro de gas de Bolivia a Argentina (vigente hasta 2026), para el primer envío en 2022 se mantendrá el precio pactado en 2021, pero los suministros restantes se actualizará según indicadores de mercado, y el ministerio de economía estima que el precio se elevará a 18 dólares por MMBTU. De esta manera, el valor económico producido por nuestro universo de referencia alcanzaría los 77.442.084 dólares/año (al cambio actual 15.488 millones pesos/año). En términos de importaciones, el monto que reemplaza es modesto (en términos de valor, entre un 4 y un 8% de lo importado según se considere o no el aporte del gas natural licuado), pero es una forma barata de reducir el déficit de divisas de la economía, con un efecto adicional en la generación de un segundo negocio.

Es que el proceso del biodigestor arroja como subproductos dos sustancias con poder fertilizante para la actividad agrícola, hortícola, etc.: el BIOL y el BIOSOL. La comercialización mundial de fertilizantes orgánicos, según consultoras internacionales, trepó a casi 7.000 millones de dólares en 2019, con países como China e India entre los máximos consumidores, y tiene perspectivas de continuar en ascenso a medida que aumente la demanda mundial de alimentos. Por eso, esta producción se convierte en una actividad de interés para la agricultura local y también para la exportación. La cantidad de materia de salida del biodigestor es un 90% de la materia de entrada. De este total un 10% es sólido (BIOSOL) y un 90% es líquido (BIOL). Por tanto, esta propuesta obtendría una cantidad de 1.019.790 TN/año de BIOL y 113.310/TN de BIOSOL. Esta materia (digesto) requiere un proceso de filtrado, envasado y, de ser necesario, enriquecimiento (se suele utilizar urea) que lo adecúa mejor para su uso como fertilizante y aumenta su valor comercial. La composición química de BIOSOL y BIOL resultante de una mezcla estándar de residuos urbanos pretermitiría producir la siguiente cantidad de fertilizantes:

BIOL: estimación para 1.019.790 TN

Fertilizantes	composición gr/TN	Toneladas
Nitrógeno	2.430	2.478
Fosforo	1.080	1.101
Potasio	2.940	2.998
Calcio	500	510
Amonio	1.080	1.101

BIOSOL: estimación para 113.310 TN.

Fertilizantes	Composición %	Toneladas
Nitrógeno	2,7	3.059
Fosforo	1,6	1.813
Potasio	2,8	3.173
Calcio	3,5	3.966
Azufre	0,3	340

El valor de mercado de fertilizantes BIOL y BIOSOL con composiciones químicas similares, oscila entre \$500 el litro (empresas nacionales pequeñas que venden el BIOSOL casi sin tratamiento) y 27 dólares el litro, en base a empresas de los EE.UU. y Nueva Zelanda que lo comercializan con fórmula. Si tomamos como referencia el precio mínimo, de \$500 el litro, el valor de mercado del fertilizante producido sería de al menos 566.550 millones de pesos (al cambio actual, 2.832 millones de dólares).

Para recapitular

El valor económico que anualmente produciría el “sistema recolección diferenciada de orgánicos-producción de biogás y fertilizantes” aplicado a todas las aglomeraciones urbanas con población inferior a 50.000 habitantes es de unos 582.038 millones pesos por año, con una vida útil de 30 años (Gas + fertilizante). La inversión necesaria para la implementación completa del sistema, con envasado de fertilizante, para una localidad de 5.000 habitantes es de 18 millones de pesos (capital constante fijo), con una vida útil de 30 años, 5,5 millones por año de capital circulante y 20,16 millones de pesos el costo laboral anual para la gestión y el mantenimiento del sistema, considerando una dotación de 15 trabajadores con una jornada de 36 horas semanales, con salario neto de 80.000 pesos mensuales más las contribuciones a la seguridad social.

Entendiendo que el sistema tiene que replicarse cada 5.000 habitantes, es decir, que en una localidad de 10.000 habitantes hay que instalar dos sistemas, y que el mismo sistema se aplica en localidades de menos de 5.000 habitantes y dada la distribución poblacional en localidades argentinas de menos de 50.000 habitantes inferimos que la cantidad de sistemas a

instalar en todo el país es 2.050, lo que equivale una inversión inicial en capital constante fijo (30 años de vida útil) de 36.900 millones de pesos, y en capital circulante de 11.275 millones con un costo laboral anual de 41.328 millones, todo en pesos.

De esta manera, el total de empleos que podrían generarse en este “sistema nacional de recolección diferenciada de orgánicos-producción de biogás y fertilizantes”, aplicado para este tipo de localidades, alcanzaría 30.750 de forma directa. El excedente económico anual que generaría, considerando lo producido menos el costo, ascendería en los cálculos realizados a 526.464 millones de pesos. Por otra parte, un sistema de este tipo contribuiría a reducir la “huella de carbono”; es decir, la producción de gases de efecto invernadero, muy superior en la generación de gas de hidrocarburos. Un detalle pormenorizado de este efecto podrá ser material para un artículo futuro.

La Argentina tiene un serio problema de dotación energética, que se acumula desde hace años. El desorden en la explotación de recursos existentes y la escasa exploración de otras fuentes alternativas renovables, por la inutilidad de su clase dominante para desarrollar las fuerzas productivas y por las peleas entre empresarios y gobierno por los pocos negocios rentables del sector, nos han traído hasta aquí. Un gobierno socialista, que concentre los medios productivos y las decisiones de planificación económica, deberá producir un cambio estructural en la matriz energética en el marco del agotamiento del paradigma “fósil”, buscando un equilibrio entre energías limpias, eficientes y baratas para sostener una renovada y creciente actividad económica. Es cierto que la

producción de biogás, en la escala aquí propuesta, no solucionará los grandes problemas energéticos de la Argentina; pero puede permitir un alivio en el drenaje de divisas por importación de gas y generando de forma subsidiaria un bien secundario como es el fertilizante orgánico, con una demanda en expansión. Todo ello, ocupando población de forma productiva. Para sacar a la Argentina de su descomposición es necesario pensar en todas las actividades que, bajo otras bases sociales, puedan colaborar a frenar el drenaje de riqueza social.

Notas:

1.Euorpean Biogas Association, informe 2021, <https://tinyurl.com/6vv37x5c>.

2.En Argentina hay varias leyes que impulsan la mitigación del cambio climático, por ejemplo, la Ley de Adaptación y Mitigación al Cambio Climático (Ley N.º 3871/11; reglamentada por Decreto N.º 039/14) .

3.Gestión de residuos y economía circular (2018). Luis Seguí et al. estima 0.55 kg por persona, pero experiencias en desarrollo llevadas a cabo por investigadores de la UNL nos señalan 0.45 kg/persona

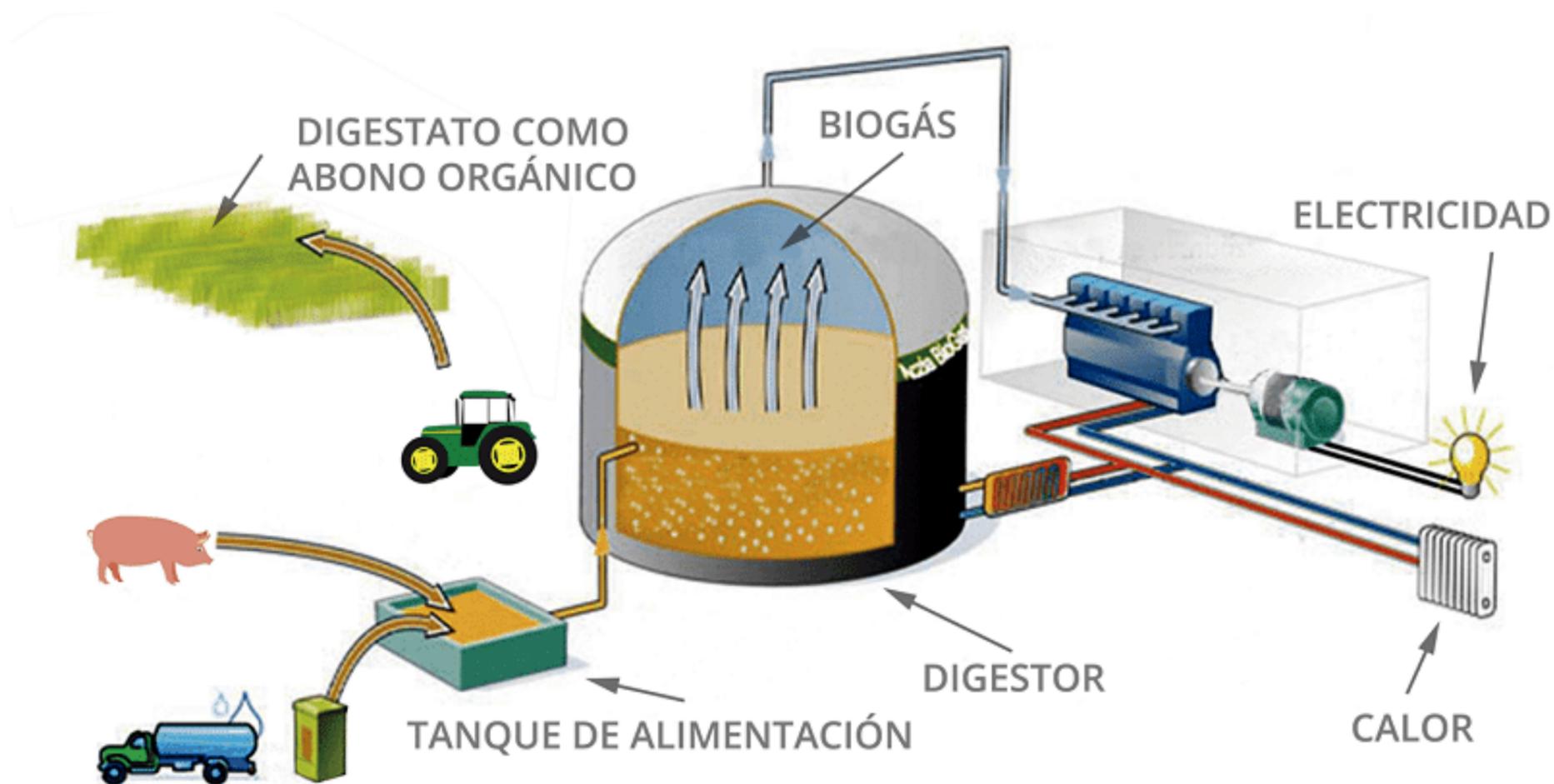
Instituto Argentino de Petróleo y el Gas (<https://www.iapg.org.ar/docgas/1.pdf>)

Argentina.gob, 7/04/2022; <https://tinyurl.com/2p9z3dyh>

Sandra Aparcana (2008). Estudio sobre el Valor Fertilizante de los Productos del Proceso Fermentación Anaeróbica para Producción de Biogás

<https://biostart.co.nz/digester/>

Deben agregarse a este cálculo los gastos de adaptación de la red interconectada para recibir el flujo de esta nueva producción.



¿Qué hacemos con los “indios”?



Roberto Muñoz

Vía Socialista

Los “Pueblos Originarios”, la demagogia de Milei y la miseria progresista

A mediados del mes pasado, un nuevo episodio puso en el debate público a la “cuestión indígena” en Argentina. El disparador fue un proyecto presentado por la diputada Victoria Villarruel, integrante del bloque “Libertad Avanza”, que dirige Milei. Un proyecto breve y sencillo: derogar la Ley de Emergencia Territorial 26.160, que ordenaba al Estado realizar un relevamiento para determinar cuáles son las tierras que pertenecen a los llamados “pueblos originarios” y suspender, por el plazo de la emergencia declarada, la ejecución de desalojos. La fundamentación de la diputada es que tal emergencia no existe y que la normativa solo habría servido para amparar “las usurpaciones llevadas adelante por los mapuches y otros pueblos originarios”. El repudio, inmediato, provino de tres vertientes: algunos dirigentes kirchneristas, la Iglesia Católica y la izquierda trotskista nucleada en el FIT. Estos tres sectores señalaron que el proyecto de la diputada es un ataque a la lucha histórica de los “pueblos originarios” por el reconocimiento de sus derechos y la conquista de diversas leyes, que reconocen su preexistencia en los territorios que ocuparían desde tiempos remotos.

A pesar de que se avanzó poco y nada con lo estipulado en la nombrada ley, el presupuesto con que contó se fue incrementado ante cada prórroga. El reconocimiento de los “pueblos originarios” fue una vía muy pertinente para financiar la caja política del kirchnerismo, al mismo tiempo que lograba cooptar a gran parte de la dirigencia indigenista.

Milei y los suyos vienen a proponer la derogación de una ley que en realidad nunca se aplicó. No para resolver efectivamente el problema, sino para instaurar el “derecho” a que cada cual se las arregle como pueda. Y si no puede, problema de cada cual... Esa propuesta criminal no opera en el vacío, sino que es una demagogia que se monta sobre el malestar de la gran mayoría de la clase obrera que, genuinamente, se hace la siguiente pregunta: ¿Por qué millones de trabajadores desocupados y con problemas serios de vivienda deberían apoyar el acceso a tierras a grupos pequeños que dicen no tener nada que ver con la inmensa mayoría? ¿Por qué aceptar, para unos pocos, un privilegio que es negado al conjunto? Si piden por “mapuches” o “wichis” y no por obreros pobres (que es lo que son), ¿qué derecho tienen los descendientes pobres de los mapuches que no tengan los descendientes pobres de italianos, españoles o criollos? Precisamente, lo que muestran los diferentes casos es que, por debajo de los supuestos elementos “identitarios”, hay una franja de población obrera que, por la vía de las “reivindicaciones ancestrales”, intenta resolver de manera aislada problemas que son del conjunto de la clase obrera argentina: vivienda, trabajo, salud. Frente al particularismo y el exclusivismo progresista, que excluye a las grandes mayorías, Milei plantea un igualitarismo bestial: nada para nadie...

¿Cuestión indígena en Argentina?

Los llamados “pueblos originarios” han cobrado una notable visibilidad política en América Latina en las últimas décadas. En el caso de Argentina, a partir la década del '80, surgen múltiples organizaciones que se reivindican como representantes de esta población en diferentes provincias del país. Junto a ellas, también se desarrollan diversas ONG dedicadas al asesoramiento de aquéllas. Este proceso fue acompañado por la sanción de una serie de normas legislativas e instituciones estatales específicas, tanto de orden nacional como provincial, destinadas a abordar a las personas delimitadas bajo esta denominación identitaria. De esta manera, se estableció constitucionalmente la pre-existencia de los “pueblos indígenas”. Con esas herramientas legales, hacia fines del siglo XX, se pasó a considerar al “indígena” como un ciudadano singular con derechos especiales y, para ser reconocido como tal, se fijó oficialmente un criterio marcadamente subjetivista, basado en la auto-percepción. ¿Quién es “indígena”? Quien dice serlo...

Con este nuevo criterio, todo aquel que pudo, intentó escapar de la miseria declarándose “indígena”. Lógicamente, las fuentes estadísticas comenzaron a reflejar una explosión demográfica de esta población, que pareció justificar ese despliegue normativo. Los “indígenas” representarían a una franja, aunque minoritaria, nada despreciable de los habitantes del país, alcanzando casi el millón de personas en 2010. En consecuencia, han cobrado gran visibilidad en la vida social y política argentina.

Este fenómeno podemos observarlo desde distintas vertientes. Por un lado, se ha hecho habitual que medios de comunicación nacionales envíen equipos periodísticos a Chaco, Formosa o Salta para mostrar el hambre, que las diferentes iglesias realicen colectas regulares para paliar ineficazmente la acelerada pauperización de las condiciones de vida de esta población. Por otro, las propias organizaciones indigenistas llevan adelante una intensa actividad reivindicativa, que incluye la participación en las instituciones estatales que se ocupan de la temática, hasta la acción directa para recuperar territorios que consideran propios, pasando por recurrentes movilizaciones y actos. Esto los ha convertido muchas veces en blanco de una feroz represión, pero también les ha permitido captar la atención y tejer alianzas con sectores “no indígenas” que hacen propia su causa. Ante la crisis capitalista, todas las variantes del progresismo y la izquierda encuentran un horizonte posible en la identidad indígena y su supuesta autonomía, su presunta racionalidad particular, sus formas de producción y reproducción aparentemente alternativas y “enfrentadas a la lógica del capital”. Esto ha provocado comportamientos de lo más variados. Desde posicionamientos programáticos hasta la reivindicación de experiencias individuales exóticas. Organismos de derechos humanos, ONGs, iglesias y partidos de izquierda organizan visitas a las “comunidades”, con el fin de conocer y acompañar su lucha. Instituciones y mesas de diálogo estatales para contener y gestionar problemáticas que serían específicas. Vecinos de la Ciudad de Buenos Aires que cuelgan de sus balcones una whipala a modo de declaración de principios, festejos en el día de la Pachamama a 10 minutos del Obelisco, encuentros para consumir ayahuasca de la mano de un chamán con casa en Adrogué, etc. Estas manifestaciones dan cuenta del nivel con que se discute la existencia de una “cuestión indígena” en la Argentina.

A ese entramado, hay que agregar que el asunto se ha convertido en la materia prima de una verdadera industria de las ciencias sociales. Desde la antropología, la ciencia política, el derecho, la sociología, la educación y la lingüística se ha producido una abundante bibliografía sobre la temática. En la mayoría de los casos, se parte de una perspectiva que, fascinada con las prácticas culturales, niega las relaciones de producción en las que se insertan estos sujetos. Abandonando el análisis de clase, todo se reduce a la reconstrucción del mundo de experiencias en los propios términos en que lo hacen los sujetos bajo estudio, sin tener en cuenta la posición objetiva que ocupan dentro de la estructura social.

Precisamente, cuando se recupera esta última perspectiva y se estudia en términos concretos su inserción social, es claro que detrás de la figura del indígena se oculta a una de las fracciones más pauperizadas de la clase obrera. Obreros desocupados u ocupados de manera precaria y estacional que, bajo su condición de población sobrante para el capital, adoptan una identidad cultural mistificada. Obreros históricamente ocupados en diversos sistemas agroindustriales, como el del algodón o el azúcar, que tras su mecanización

son expulsados en masa. Al no encontrar otras opciones laborales, surgen las propuestas de recuperación de territorios, de la vuelta al campo, de la restauración de formas de organizar la vida que, suele pasarse por alto, además de paupérrimas, son incapaces de dar cabida más que a grupos muy reducidos. Las actividades de subsistencia que realizan, más allá de las particularidades que puedan tener, no difieren sustancialmente de las estrategias que otras capas de la clase obrera despliegan en otros ámbitos ante la desocupación. Tampoco hay que perder de vista que esa “conciencia étnica” no surge espontáneamente, sino que es el resultado de la intervención de distintos sectores de la burguesía –Estado, Iglesias, ONGs, agrupaciones políticas y académicos- que propician de esta manera un resultado importante –para ellos-: la fragmentación de la clase obrera.

Lo hemos explicado repetidas veces: las miserables condiciones de vida de esta población no están marcadas por su situación de “excluidos” en un espacio donde no estarían plenamente desarrolladas las relaciones capitalistas de producción. Por el contrario, son la manifestación del pleno desenvolvimiento de éstas, que integran a esta fracción de clase, en tanto población sobrante para el capital. De hecho, reproducen su vida fundamentalmente a partir de la percepción de planes sociales –los mismos planes sociales que reciben los desocupados en general- el empleo estatal precarizado y changas. Por eso, la consigna de la autodeterminación solo puede implicar hundirlos aún más en la miseria. Un programa verdaderamente preocupado para revertir de manera inmediata la pauperización severa que atraviesa esta población no debe centrarse en el respeto cínico de supuestas pautas culturales y la cesión de tierras marginales para tareas de subsistencia, sino en la reinserción dentro del proceso productivo de esta población, del mismo modo que proponemos para el conjunto de la clase obrera desocupada: incorporarlos como empleados de un Estado verdaderamente productivo. No para tareas ridículas como cuadrillas de despegadores de stickers de los postes de luz, sino en empresas productivas, en ramas cuyo destino sea la exportación o que reemplacen el consumo interno de productos exportables (véase las propuestas en este mismo número). Una solución concreta contra la barbarie concreta.

Mientras escribimos esta nota, los medios salteños informan sobre la muerte de una bebé de dos años por desnutrición, que vivía en una “comunidad wichí” en la localidad de Embarcación. Una muerte más de las cientos que ocurren por este mismo motivo en la zona todos los años. La familia denunció que no reciben ninguna asistencia alimentaria. Los responsables de los hospitales de Embarcación y de Orán confirman la denuncia. La pobreza y no la cultura obligó a la familia a velar los restos de la nena con el cuerpo envuelto en cartones. El intendente envió un camión que sirve como recolector de basura, para poder trasladarlo hasta la ciudad... Contra esta brutalidad en la que nos hunden todas las variantes políticas de la burguesía, desarrollamos un programa con soluciones concretas para el conjunto de la clase obrera, una Vía Socialista.



La necesidad de las disciplinas

Las “áreas” y el vaciamiento del currículum



Romina de Luca

Vía Socialista

“Innovaciones en la organización institucional, curricular y del trabajo docente”, “desarrollar contenidos transversales”, “temas emergentes y relevantes”, “revisión de la organización curricular” rezan los Lineamientos Estratégicos para la Argentina por una Educación Justa, Democrática y de Calidad (2022-2027) sancionados por el Consejo Federal de Educación hace un mes. Antes, la Ley de Educación Nacional, de 2006, proponía “estimular procesos de innovación y experimentación educativa”, “realizar adecuaciones curriculares”. Por su parte, la Ley Federal, allá lejos en los noventa, impulsaba “saberes agrupados”. Contenidos básicos comunes ayer, núcleos de aprendizajes prioritarios hoy son expresiones para un cambio que se cuece hace décadas: la degradación del currículum escolar. Ese proceso fue justificado de diversas maneras e hizo que la organización de los contenidos que se enseñan en las aulas asumiera distintas formas. En particular, la creación de “áreas” de contenidos es la forma que asume el vaciamiento del currículum y la primarización de la escuela secundaria.

¿Pero por qué ocurre eso si todo el tiempo nos hablan de mejorar la calidad educativa? El origen de ese proceso se ubica fuera de la escuela: es la degradación de la sociedad y la descalificación del proceso de trabajo y, junto a ella de las pericias necesarias que la escuela deberá impartir a los futuros “obreritos”. Buena parte de ellos, con sus destinos atados a los de una burguesía planera e ineficiente, vivirán desocupados o, si tienen suerte, subocupados. Limitar el currículum es una estrategia para abaratar la escuela que queda reducida apenas a la contención social. No extraña que esas reformas fueran de la mano de la “promoción automática” en una lógica que priorizó la permanencia en una escuela que pierde sustancia. Muchas reformas desde los años sesenta para acá adaptaron a la escuela a esa realidad. Veamos algunos ejemplos.

Flexible y por áreas

Competencias, habilidades, aprendizaje interdisciplinar y globalizado, competencias ciudadanas son algunas de las expresiones que aparecen como el último grito de la moda en materia educativa. Con ellas un diagnóstico para la escuela secundaria en particular: su formato obsoleto y rígido.

Si rastreáramos ese diagnóstico encontraríamos distintos momentos donde esa idea aparece con mucha fuerza. A lo largo de los años sesenta, a nivel internacional pero también local, se empieza a proyectar una reforma para el sistema educativo cuyas características serán muy similares a las que más tarde ensayará la Ley Federal de Menem. Se entendía

que la escuela secundaria tenía una formación enciclope-dista, rígida y disciplinar que no facilitaba el pasaje de las niñas y niños de la escuela primaria a la secundaria. Ya en la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico Social en América Latina que se realiza en Chile en 1962 se desarrolla esta idea. El Consejo Nacional de Desarrollo, en particular a cargo de Norberto Fernández Lamarra, ya en 1964, publicó un trabajo titulado “Consideraciones sobre el currículum y su organización”. Allí entendía que la organización de la escuela por materias disciplinares tendía a la fractura del conocimiento. Sostuvo que, en el resto del mundo se había avanzado primero en la correlación de distintas asignaturas para luego fusionar o concentrar materias afines. Había que concentrarse en un currículum mínimo, flexible y que estuviera anclado a las necesidades de las regiones y/o provincias. Por eso, al mismo tiempo que se fueron transfiriendo escuelas nacionales a las provincias, se proyectó que la misma lógica debía alcanzar aquello que se enseñaba en la escuela. Onganía llevó a la práctica este proceso entre 1968 y 1970, reforma que quedó trunca por la oposición docente.

Lo cierto es que el problema que estaba detrás de esa propuesta era el desgranamiento de la escuela secundaria. En términos sencillos: por qué no todos los que empezaban la escuela terminaban. Se entendía que más que una formación general, la escuela tenía que brindar habilidades y orientaciones vocacionales además junto a conocimientos prácticos.

Si bien la consolidación de ese proceso de cambio llegaría en los noventa, el debate sobre cómo reestructurar el currículum de la escuela argentina continuaría en los setenta y en los ochenta. Las áreas, la regionalización de los contenidos y la flexibilidad se fueron imponiendo como propuesta. Resulta curioso que fuera durante la última dictadura militar cuando se señaló que si bien la estructura por áreas resultaba más dinámica podía ocurrir que produjera un vaciamiento de los contenidos. Tan “curioso” como que la “reintroducción” de lo disciplinar operada por la Ley de Educación Nacional tampoco pudo resolver el problema del desgranamiento de la escuela: hoy de cada diez que inician la escuela secundaria obligatoria, cuatro se quedan en el camino. Tal vez, como reconoció Alberto Moncada, en el marco de la Organización de Estados Americanos, ya en 1982, el problema esté en otro lado. En aquella oportunidad, Moncada sostuvo que el fenómeno de la extensión de la obligatoriedad debía ser interpretado como una alternativa a la vida activa “propiciada sobre todo por la incapacidad histórica de los países latinoamericanos para proporcionar suficiente empleo a su población”. Ahí estaba la crisis de la enseñanza media: en una sociedad sin horizonte que convertía a la escuela en un “aparcadero de jóvenes”.

¿Cómo construir una educación científica y útil para lo que necesitamos?

A propósito de la crisis educativa que profundizó la pandemia, se vuelve la carga sobre el formato escolar y la organización del currículum. Las provincias empiezan a encarar ese proceso con la reforma de sus regímenes académicos. La Ciudad de Buenos Aires acaba de plantear una vuelta de facto a las “áreas” de conocimiento en clave de interdisciplinariedad o contenidos interareales. La provincia de Buenos Aires hizo lo propio con el trabajo por proyectos. Suponen que esa nueva organización resolverá el problema donde casi cuatro de cada diez estudiantes no tienen pericias lectoras elementales y siete de cada diez no pueden realizar abstracciones sencillas o resolver problemas matemáticos al terminar la escuela secundaria.

Si evaluáramos esta estrategia en términos metodológicos veríamos que colocan el carro delante del caballo. La interdisciplina en efecto existe y buena parte de los equipos científicos hoy tienen profesionales de distintos campos disciplinares que abordan problemas práctico-complejos. Implica un grado de integración teórica, metodológica y un trabajo en común entre especialistas. Esto que opera en el más alto nivel de conocimiento es irreplicable hoy en la escuela. Sencillamente porque la inclusión de una formación interdisciplinaria como propuesta de enseñanza solo puede ser el momento final de un programa de estudios, cuando ya se conocen de manera consistente las estructuras sustanciales y sintácticas de las diferentes disciplinas que pueden relacionarse. Y hoy nuestras chicas y chicos apenas pueden leer. Por eso las áreas son vías para un mayor vaciamiento curricular.

Se contraargumentará que las áreas estructuran el conocimiento de la formación inicial y primaria. Es cierto, pero es una dimensión que adecúa los contenidos curriculares a las posibilidades cognitivas de las y los estudiantes y a su posibilidad de forjarse de “proto-conceptos” que les permitan luego elaborar desarrollos conceptuales propios los diferentes campos disciplinares. Es decir, avanzar en complejidad.

Cuando la escuela secundaria replica hoy esa estructura, en realidad, lo que hace es renunciar a la mayor complejidad y se reprimariza. Sin complejidad, sin enseñanza sólida de disciplinas científicas, difícilmente pueda avanzarse hacia ese nivel de abstracción que implica lo interdisciplinar. Peor cuando se le pide a la docencia esa integración y se carece por completo de los recursos humanos y materiales necesarios para lograrlo. La interdisciplina es el resultado de un largo trabajo en común entre especialistas, y no un logro a priori por sumatoria simple de las partes. En la escuela actual, la interdisciplina es otra vía más para el vaciamiento.

Necesitamos cambios. Pero no avanzaremos si introducimos cambios formales para encubrir la crisis de la escuela. Métodos y contenidos no pueden ir por carriles separados. Necesitamos una escuela para una sociedad avanzada. Por eso, la escuela tiene que ser más densa en contenidos y no menos tal como proponen las reformas actuales. Una escuela científica tiene que abundar en conocimiento científico siendo su punto de partida lo disciplinar, el método científico, la investigación, el esfuerzo que no va en detrimento del trabajo en equipo y de la creación de capacidades para el trabajo autónomo de las y los estudiantes. Una escuela al servicio del desarrollo de toda la sociedad y en beneficio de toda la sociedad también debe integrar en su currícula las necesidades de la vida práctica. Cuando en los sesenta, distintas oficinas llamaban a revisar las modalidades, vincular la escuela al desarrollo agrotecnológico del país, entre otros, tenían un punto de partida correcto. El problema es la clase social que ellos pretendían beneficiar.

Pensar esa escuela implica revisar la formación docente, la jornada de trabajo y la formación continua. Una escuela científica está en las antípodas de las propuestas areales actuales que lo único que hacen es devaluar el contenido de las materias científicas. Necesitamos más, no menos, si no queremos seguir gestionando el embrutecimiento de nuestras generaciones.



¿Necesitamos un IAPI?

Mitos y verdades de una institución clave de la economía peronista



Marina Kabat

Vía Socialista

Para algunos, el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) simboliza la independencia económica impulsada por el peronismo. Para otros, representa el ataque de este gobierno al campo y la causa de su declive, a mitad del siglo XX. Ninguna de estas interpretaciones se ajusta del todo a la realidad.

El origen

El IAPI se creó en mayo de 1946, por decisión de Miguel Miranda. Por entonces, Miranda dirigía el Banco Central e impulsaba una política económica nacionalista. El IAPI dependía del Banco Central y tenía como antecedente una entidad similar, que había promovido exportaciones industriales argentinas a inicios de los años '40.

Inicialmente, el IAPI debía concentrar todo el comercio exterior argentino. Por un lado, comprar cereales, carnes y derivados del agro y venderlos en el exterior. Por otro, importar los insumos necesarios para la industria y distribuirlos entre el empresariado. Un objetivo del IAPI era aumentar el poder negociador argentino en el mercado mundial y obtener mejores precios para nuestras exportaciones. El gobierno también quería sacar una tajada de este comercio. Esa ganancia se iba a usar para promover la industria y para abaratar el consumo interno de carne y cereales. Con el objetivo de frenar la inflación, el IAPI vendía en el mercado interno a precios más baratos que los del exterior.

El IAPI apoyó con subsidios las producciones regionales como el azúcar en el norte, el algodón de Chaco, el tanino de Santiago del Estero y la yerba mate misionera. Dio créditos a productores y a industriales. El IAPI fue, además, la institución a través de la cual se compraron los ferrocarriles y se nacionalizaron otros servicios públicos. Por todo esto, el IAPI fue considerado un símbolo de la independencia económica bajo el peronismo.

¿Desplazar a Bunge & Born?

El IAPI se proponía remplazar a Bunge & Born, Dreyfus y las grandes compañías comercializadoras. Esta meta apenas si se cumplió, y no de la manera esperada. Por una parte, el comercio agrario de entonces, sin silobolsas, con métodos de transporte y acopio complejos ofrecía muchas complicaciones. El IAPI terminó optando por administrar las transacciones y contratar a las empresas comercializadoras tradicionales para efectuar toda la logística de almacenaje y desplazamiento de la exportación.

Corredores, acopiadores, consignatarios, comisionistas y grandes empresas exportadoras tradicionales (entre ellas, Bunge & Born) siguieron operando. Solo que ahora eran contratadas por el IAPI. Si en algún momento perdieron una parte de la torta, no lo hicieron a favor del Estado, sino del nuevo empresariado peronista. Figuras como Jorge Antonio o Silvio Tricerri se hicieron millonarios por esta vía. Lo que podía perder alguna empresa tradicional, no siempre lo capturaba el Estado, sino que terminaba en las manos de los empresarios amigos, permanentemente beneficiados en las licitaciones estatales.

El lino y la industria nacional

Uno de los objetivos de Miranda con el IAPI era comenzar a exportar productos más elaborados: zapatos en lugar de cuero, lino en lugar de semillas de lino... Pero fracasó rotundamente. Las exportaciones de calzado y otros productos elaborados con cuero en lugar de aumentar, disminuyeron. La Argentina había podido exportar durante la Segunda Guerra Mundial, cuando no había otros competidores capaces de abastecer el mercado internacional. Pero no pudo sostener ese comercio en la posguerra. Para hacerlo,

hubiera sido necesario concentrar la producción en una única gran fábrica, en lugar de mantenerla dispersa en miles de tallercitos más o menos importantes.

En 1946, Miranda se anotó un punto al forzar a Estados Unidos a pagar un alto precio por nuestro lino y comprar partidas importantes de producto procesado. Pero, Estados Unidos aumentó la producción de ese producto y no volvió a comprarnos. Los liberales responsabilizaron al peronismo por la pérdida de ese mercado. Es una acusación injusta: los norteamericanos promovían su autosuficiencia agraria y nos iban a dejar de comprar de todas formas. Además, querían salvar a sus farmers de la quiebra y expandir su economía. Por eso, usaron el Plan Marshall en la posguerra, para obligar a toda Europa a comprarle su trigo a cambio de créditos. En ese contexto, el agro argentino tenía las de perder, con o sin IAPI.

¿Hubo ganancias?

Las ganancias del IAPI fueron puntuales y efímeras. La gran venta de lino a Estados Unidos en 1946 fue un caso. Pero luego, la mercadería comenzó a acumularse en los galpones sin poder ser vendida. Para poder colocarla el gobierno se dirigió a Italia y a España, dos países al principio excluidos del Plan Marshall.

A estos dos países se les vendió la cosecha a un precio aparentemente muy alto. Italia y España pagaban por el trigo mucho más que lo que le costaba al IAPI comprarlo. Los chacareros pusieron el grito en el cielo y protestaron. Surge allí el mito de las gigantescas ganancias del IAPI.

Sin embargo, España e Italia no pagaban en efectivo. Aceptaron precios altos porque el IAPI les daba un muy generoso plan de pagos. Es más, una vez que Estados Unidos los incluyó en el plan Marshall, España e Italia dejaron de comprarnos y nos hicieron un pagadiós. Terminaron de pagarnos varias décadas después. Si se mira cuándo y cómo terminamos cobrando esos cereales, las superganancias desaparecen.

Entonces, ¿de dónde salía la plata del Estado peronista? De dos lugares: la maquina y los futuros jubilados. Por un lado, el gobierno imprimía billetes. Luego le prestaba dinero al IAPI que operaba sobre esa base. Por otra parte, el gobierno usaba el dinero de las cajas jubilatorias. El sistema recién se creaba: había poquitos jubilados y decenas de miles de jóvenes trabajadores aportantes. Ese dinero estuvo a disposición del Estado sin que tuviera consecuencias inmediatas. Las tuvo décadas después cuando esos obreros se jubilaron con migajas.

La "vuelta al campo"

Cuando la economía se complicó, en 1949, el gobierno entró en una crisis. Luego, una sequía agravó aún más la situación. No solo no hubo superganancias, sino que directamente hubo pérdidas. Todo el equipo económico de Miranda fue desplazado y Alfredo Gómez Morales tomó el mando de la política económica. Impulsó una "vuelta al campo": muchas producciones agrarias debieron ser subsidiadas. A nivel discursivo, como no se podía decir que dejamos de fomentar la industria y volvemos a la misma estructura de siempre, se apeló al cooperativismo. El gobierno favoreció al campo a través de inyectar dinero en las cooperativas agrarias, a las que dio múltiples beneficios. Como tampoco había mucho dinero, una forma barata de sostener a los empresarios agrarios fue recortar derechos a los obreros. Así fue que toda la normativa laboral referente al trabajo agrario se flexibilizó, incluyendo el tan mentado Estatuto del Peón Rural. Los chacareros más chicos estaban exceptuados incluso de pagar el salario mínimo a sus empleados.

¿Quién acabó con el IAPI? Un ataque silencioso y un remate publicitado.

En medio de la crisis del agro y sin mercados compradores,

el IAPI terminó dando pérdidas. Para cortar esas pérdidas el gobierno peronista buscó desarmar al IAPI. Pero, ¿cómo hacerlo? El IAPI había protagonizado campañas de propaganda peronista y era el símbolo máximo de la independencia económica. Cerrarlo hubiera implicado reconocer un fracaso.

Por eso, el peronismo, en vez de clausurar el IAPI, lo mutiló poco a poco. Por un lado, liberalizó el comercio de muchos productos que volvieron a exportarse por comerciantes privados. Por otra parte, el comercio exterior de los principales productos de exportación fue transferido al Instituto Nacional de Elevadores y Granos y al Instituto Nacional de Carnes. Hacia el final del gobierno peronista, el IAPI solo se ocupaba de ciertas producciones regionales poco o nada competitivas, a las cuales el organismo subvencionaba. Hacia 1955, el IAPI era una cáscara vacía. Si bien el gobierno militar de 1955 le dio el tiro de gracia, hacía años que no cumplía sus funciones originales.

Una política inflacionaria y el nacimiento de los industriales planeros

El IAPI quería bajar los precios internos y fomentar un desarrollo industrial, pero terminó con un resultado inverso. Su funcionamiento, en base a créditos del Estado, fue un factor inflacionario. La industria no se benefició del proceso. El saldo final fue el encumbramiento de un par de magnates como Jorge Antonio y el desarrollo de una estructura industrial ineficiente, construida sin planificación, sobre la base de distribuir subsidios a una infinidad de empresarios, que solo logran ser tales merced a los recursos estatales. En vez de usar esa riqueza para construir una industria estatal sólida y eficiente, se la desperdició en crear y alimentar una nueva casta: la de los empresarios planeros. Su ineficiencia y falta de competitividad se convirtió en una nueva carga para la maltrecha economía argentina, y un obstáculo para un verdadero desarrollo industrial. De paso, arruinó la idea de "planificación". La política peronista no fue un fracaso por la "planificación" y la "intervención" del Estado en la economía, sino por todo lo contrario: dejando a la burguesía la decisión última en la actividad económica, el intervencionismo y la seudo planificación peronista construyó un capitalismo impotente y una clase de empresarios parásitos. Una verdadera planificación, una planificación socialista, comienza por la eliminación de los parásitos y la construcción de un Estado eficiente y productivo sobre una nueva base social.



¿Es posible construir el socialismo en un escenario adverso?

Informe sobre la Nueva Política Económica Soviética y las perspectivas de la revolución mundial (selección)-Léon Trotsky

Una vez conquistado el poder, el trabajo de construcción, sobre todo en el campo económico, se convierte en el trabajo clave, y también en el más difícil. Su solución depende de factores de muy variado orden y de diferente magnitud. En primer lugar, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo de la relación recíproca entre la industria y la agricultura. En segundo lugar, de la cultura general y del nivel de organización de la clase obrera que ha conquistado el poder del Estado. Finalmente, de la situación política internacional y nacional: es decir, si la burguesía ha sido derrotada decisivamente, o si continúa resistiendo todavía; si están en curso intervenciones militares extranjeras; si la intelligentsia técnica se dedica al sabotaje, etc. La importancia relativa de estos factores para la construcción del socialismo sigue este orden. El factor fundamental es el nivel de las fuerzas productivas; luego, el nivel cultural del proletariado; finalmente, la situación política y militar en la que se encuentra el proletariado tras la conquista del poder. Pero este es un orden rigurosamente lógico. En la práctica, la clase obrera, al asumir el poder, se enfrenta inicialmente a las dificultades políticas. En nuestro país hemos tenido los guardias blancos, las intervenciones militares, etc. En segundo lugar, la vanguardia proletaria se tropieza con las dificultades que surgen del nivel cultural inadecuado de las más amplias masas trabajadoras. Y sólo después, y en tercer lugar, la construcción económica choca con los límites establecidos por el nivel existente de las fuerzas productivas. Nuestro partido, una vez en el poder, debía casi siempre llevar adelante su trabajo bajo la presión de las necesidades de la guerra civil. La historia de la construcción económica durante los cinco años de existencia de la Rusia soviética no puede ser comprendida únicamente desde un punto de vista económico. Debe ser abordada en primer lugar, con el barómetro de las necesidades político-militares, y sólo en segundo lugar con el de la conveniencia económica. Lo que es racional en la vida económica no siempre lo es en la vida política. Si me veo amenazado por una invasión de guardias blancos, hago volar el puente. Desde el punto de vista de la conveniencia económica abstracta, esto es un barbarismo, pero desde el punto de vista político es una necesidad. Sería un tonto y un criminal si no volara el puente en el momento justo. [...]

Estamos reconstruyendo nuestra economía de conjunto, bajo la presión de la necesidad de asegurar militarmente el poder de la clase obrera. [...] Hemos aprendido de la más elemental escuela marxista que es imposible saltar del capitalismo a una sociedad socialista. Nadie puede interpretar mecánicamente los términos de Engels sobre el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Nadie cree que tras la toma del poder pueda construirse de la noche a la mañana una nueva sociedad. Lo que Engels tenía en mente, realmente, era toda una época de transformaciones revolucionarias que, a una escala histórica mundial efectivamente significaría un "salto". Sin embargo, al nivel del trabajo práctico, no se trata de un salto, sino de todo un sistema de reformas interrelacionadas, transformaciones y algunas veces emprendimientos muy detallados. [...]

¿Cuáles serán las consecuencias del mercado, de la libertad de comercio de los cereales, de la competencia, de los arrendamientos, de las concesiones? Si se da un dedo al diablo, ¿no será necesario entregarle posteriormente un brazo, luego medio cuerpo, y finalmente el cuerpo entero? Somos ya testigos de un reavivamiento del capital privado en el comercio, especialmente a través de los canales entre la ciudad y el campo. Por segunda vez en nuestro país, el capital privado de los comerciantes está atravesando una etapa de acumulación capitalista primitiva, al tiempo que el Estado obrero está atravesando un período de acumulación primitiva socialista. Tan pronto como surge, el capital

de los comerciantes busca ineludiblemente deslizarse hacia posiciones industriales. El Estado alquila fábricas a hombres de negocios. En consecuencia, la acumulación del capital privado ahora, continúa no meramente en el comercio sino también en la industria. ¿No es entonces probable, que los señores explotadores -los especuladores, los mercaderes, los arrendatarios y los concesionarios- se hagan más poderosos bajo la protección del Estado obrero, ganando el control de un sector incluso mayor de la economía nacional, desangrando los elementos de socialismo a través del mercado, y más tarde en el momento apropiado, ganando también el control del poder estatal? [...]

Sabemos, al igual que Otto Bauer, que la economía constituye la base social, y la política su superestructura. Entonces, ¿todo esto, no significa realmente que la NEP es una transición a la restauración capitalista? Al responder abstractamente a una pregunta planteada de manera abstracta, uno no puede negar, por supuesto, que el peligro de la restauración capitalista de ninguna manera está excluido en general, más que el peligro de una derrota temporaria en el curso de cualquier lucha. Cuando combatíamos a Denikin y a Kolchak, que estaban respaldados por la Entente, corrimos el peligro probable de ser derrotados, como Kautsky esperaba, de un día para el otro. Pero, mientras tomábamos en consideración la posibilidad teórica de la derrota, orientamos nuestra política en la práctica hacia la victoria. Compensamos esta relación de fuerzas con una firme voluntad y una estrategia correcta. Y al final, vencimos. Una vez más, se produce una guerra entre los mismos enemigos: el Estado obrero y el capitalismo. Pero esta vez, las hostilidades ocurren no en la arena militar sino en la economía. Mientras que, durante la guerra civil, se producía un duelo entre el Ejército Rojo y el Blanco para influir sobre los campesinos, actualmente la lucha tiene lugar entre el capital estatal y el privado sobre el mercado campesino. En una lucha siempre es necesario tener una estimación lo más correcta posible de las fuerzas y recursos de que puede disponer el enemigo y las que están a nuestra disposición. [...]

Continuamos viviendo en un cerco capitalista. Por este motivo debe plantearse una cuestión: saber si nuestro socialismo incipiente, que todavía tiene que emplear métodos capitalistas, puede ser acaparado al fin por el mundo capitalista. Siempre hay dos partes en una transacción de este tipo: el comprador y el vendedor. Pero tenemos el poder, está en las manos de la clase obrera. Ella decide qué concesiones hacer, sus objetivos y sus alcances.

Nuestra principal arma en la lucha económica que está ocurriendo sobre la base del mercado es el poder estatal. Únicamente los reformistas simplistas no lo comprenden. La burguesía lo comprende, y su historia nos lo prueba. La otra arma de que dispone el proletariado es que las fuerzas productivas más importantes del país se encuentran en sus manos. Toda la red ferroviaria, la industria minera, la masa de las empresas al servicio de la industria se encuentran bajo la dirección económica de la clase obrera. De igual modo, el Estado obrero posee la tierra, y los campesinos contribuyen cada año mediante el pago de cientos de millones de impuestos en especie. El poder obrero controla las fronteras estatales. Las mercancías y el capital extranjero generalmente, sólo pueden acceder a nuestro país dentro de ciertos límites que son juzgados deseables y legítimos por el Estado obrero. Estas son las armas y los medios de construcción del socialismo. Nuestros adversarios tienen ciertamente la oportunidad de acumular capital, incluso bajo el poder obrero, utilizando el mercado libre de los granos. El capital de los comerciantes puede infiltrarse, y de hecho lo hace, en la industria, en las empresas

arrendadas. Saca un beneficio de ello, y se desarrolla. Esto es innegable. Pero, ¿cuáles son las relaciones cuantitativas recíprocas entre estas fuerzas opuestas? ¿Cuál es su dinámica? En esta esfera, como en las otras, la cantidad se transforma en calidad. [...]

El término "capitalismo de Estado" ha sido propuesto e inmediatamente utilizado con fines polémicos por los revolucionarios marxistas contra los reformistas, y ello con el fin de explicar y probar que la auténtica socialización sólo comienza tras la conquista del poder por la clase obrera. Los reformistas, como bien sabéis, construyeron todo su programa alrededor de las reformas. Nosotros, marxistas, jamás hemos negado las reformas socialistas, pero hemos afirmado que la época de las reformas socialistas sería inaugurada sólo después de la conquista del poder por el proletariado, y éste es el punto central de la polémica. Hoy, en Rusia, el poder se encuentra en manos de la clase obrera. Las industrias más importantes están en manos del Estado obrero. No existe aquí la explotación de clase y, por consiguiente, tampoco existe el capitalismo, aunque sus formas todavía persistan. La industria del Estado obrero es una industria socialista en sus tendencias de desarrollo, pero para desarrollarse, utiliza los métodos que fueron inventados por la economía capitalista, y a los cuales todavía estamos lejos de haber sobrevivido.

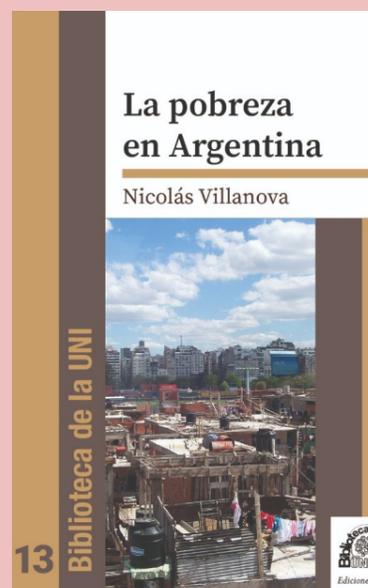
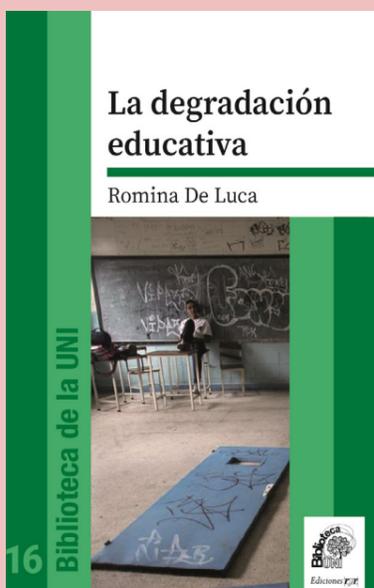
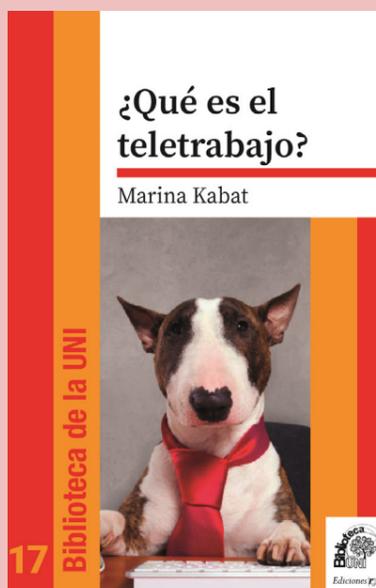
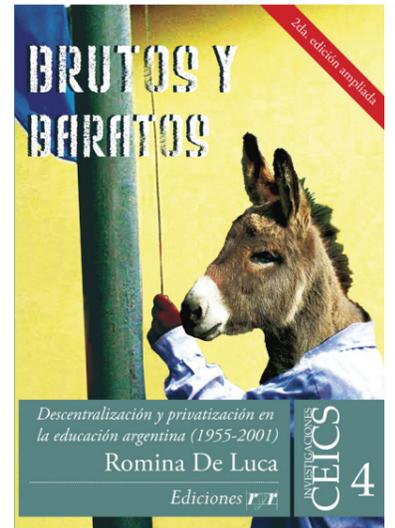
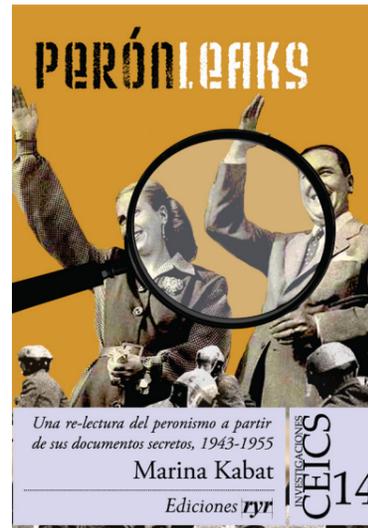
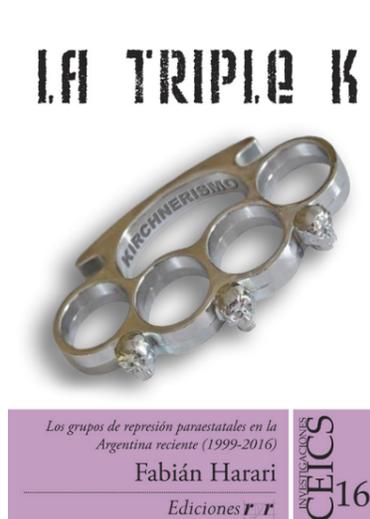
Bajo un capitalismo de Estado auténtico, es decir bajo el dominio de la burguesía, el crecimiento del capitalismo de Estado significa el enriquecimiento del Estado burgués, y su poder creciente sobre las masas obreras. Entre nosotros, el crecimiento de la industria estatal soviética significa el crecimiento del socialismo mismo, un fortalecimiento directo del poder del proletariado. Observamos numerosas veces en el curso de la historia el desarrollo de un fenómeno económico nuevo, a pesar de recubrirse de formas antiguas; fenómeno que, por otra parte, se produce por medio de las más diversas combinaciones. Cuando la industria echó raíces en Rusia, todavía bajo leyes feudales, en la época de Pedro el Grande, las fábricas, aunque estuvieran concebidas conforme a los modelos europeos de la época, fueron levantadas sobre bases feudales. Los siervos se encontraban ligados a ellas mediante su fuerza de trabajo (las fábricas recibían el apelativo de fábricas señoriales). Los capitalistas, como Strogonov, Demidov y otros, propietarios de estas empresas, desarrollaron su capitalismo en el interior mismo del sistema feudal. De un modo similar, el socialismo debe dar sus primeros pasos en el centro del ropaje del capitalismo. No se puede llevar a cabo una transición hacia métodos socialistas perfectos tratando de saltar por encima de la propia cabeza, y ello más aún si su cabeza se encuentra sucia y mal peinada, como ocurría con nuestra cabeza rusa. No hay que olvidar esta puntualización que, en todo caso, es exclusivamente personal. Debemos siempre aprender a continuar nuestro aprendizaje. [...]

Queda, sin embargo, una cuestión que es importante y fundamental para determinar la viabilidad de un régimen social, a la cual todavía no nos hemos referido. Se trata de la cuestión de la productividad de la economía, no solamente en lo que respecta a los trabajadores individuales, sino también para el régimen económico de conjunto. El progreso histórico de la humanidad puede resumirse del modo siguiente: un régimen que asegura una mayor productividad del trabajo reemplaza a aquellos con una productividad menor. Si el capitalismo reemplazó la antigua sociedad feudal sólo fue porque el trabajo humano es más productivo bajo el dominio del capital. Igualmente, la única razón por la que el socialismo podrá suplantar completamente al capitalismo, de un modo total y definitivo, es que asegurará una mayor cantidad de productos para cada unidad de fuerza de trabajo humano.

Ediciones ryr

Accedé al catálogo completo: <https://edicionesryr.com.ar/catalogo/>

INVESTIGACIONES
CEICS



Descargá el libro con el programa de Vía Socialista

<https://viasocialista.com.ar/category/argentina-2050/?fbclid=IwAR-2FelKZ0uV0Db34x8uSkMO4SsT-L9oUkUNmrjXSAWDzTKXTneIoOe-K8UQIc>



Seguinos en redes



[Vía Socialista](#)



[@viasocialista](#)



[@viasocialistaarg](#)



[/VíaSocialista](#)